

¿DEMOCRACIA SIN ORGANIZACION POPULAR?

Quisiéramos plantear una pregunta inquietante: La democracia venezolana, tal como nuestro Estado burgués la concibe, ¿no estará condicionada a la anulación de todo tipo de organización popular? Nuestra democracia actual ¿es fuerte porque nuestro pueblo es débil? Pero si esto es así ¿se la puede llamar democracia?

Naturalmente que en nuestro país no se da la represión masiva que tiene lugar en otros países latinoamericanos. Y Dios quiera que nunca se dé. Y con eso tienen que ver nuestras condiciones sociales y, desde luego, nuestro petróleo. Pero ¿habría represión en Argentina o Perú si no existieran sindicatos autónomos? ¿Habría represión en Chile sin partidos clasistas? ¿Habría represión en Brasil o Uruguay sin esa organización popular? ¿Habría represión en El Paraguay o El Salvador si no existieran tantas células campesinas?

¿Y no habría represión en Venezuela si existieran sindicatos autónomos, ligas agrarias y poderosos partidos clasistas?

¿No habría que decir que nuestra democracia descansa en parte en la capacidad que ha demostrado el Estado y los partidos llamados del status para desarticular al pueblo, para mediatizarlo, para desorientarlo, incluso para corromperlo?

UN SISTEMA DE PROMOCION INDIVIDUAL Y SERVICIOS PUBLICOS

Sin duda que nuestro pueblo no está dormido. A pesar de la campaña sistemática de desprestigio por la prensa y los medios de comunicación, hace falta estar ciego para no reconocer a nuestro pueblo en estos últimos veinte años una versatilidad excepcional: Se ha trasladado masivamente a las ciudades, ha aprendido un empleo, se ha construido su casita, se ha habituado a moverse y sobrevivir en esas junglas infernales que son nuestras ciudades. Nadie le ha recibido ni le ha orientado, nadie le ha facilitado nada. El ha ido aprendiendo todo, él ha presionado, ha exigido, se ha establecido en unas condiciones increíbles de precariedad, acosado por cuotas y plazos, amenazado en su estabilidad laboral y en su misma vida.

Pero a ese hombre de nuestro pueblo se le ha educado sistemáticamente en el esfuerzo personal, en la competencia, en la lucha individual y de todos contra todos. Se le ha acostumbrado a confiar en el padrino, en la palanca, en la tarjeta. Señuelos sutiles para que siempre mire con esperanza hacia arriba, para que no ponga su esperanza en los que son como él, para que nunca comprenda que su problema no es sólo suyo sino que es un problema que afecta por igual a toda su clase social. Se lo ha educado en el auto-desprecio y por eso nada espera de los suyos.

Sobre este hombre masificado, atomizado, sobre este luchador desesperado se vuelcan los partidos con sus promesas y el Estado con sus servicios. Más o menos luz y escuela, menos que más seguro social, agua, cloacas, y la promesa tal vez de un empleo y los bastimentos hasta hace dos años medio baratos... Democracia de servicios públicos: Todo para el pueblo pero sin el pueblo.

FALTAN PUESTOS DE TRABAJO Y EMPEORAN LOS SERVICIOS

Aunque, claro, lo de todo para el pueblo es un decir. Si el V Plan de la Nación da el dato de que de cada bolívar generado en Venezuela el 73 por ciento pertenece al capital y el 27 por ciento al trabajo no es aventurado concluir que esta democracia de servicios ni siquiera en los servicios lo es. Y si el que genera más bolívares como empresario en Venezuela es el propio Estado, que llegará en el V Plan al 56 por ciento de la inversión bruta, habría que concluir que el Estado venezolano, no sólo como representante de toda la burguesía sino como capitalista mayor del país plantea sus empresas según los moldes capitalistas restando al trabajo en favor de los gastos de capital. Y el plan de inversiones ya contratado es tan desmesurado que la proporción de gastos dedicados a servicios disminuye drásticamente en el presupuesto. La excepción aparente sería la educación con ese altísimo presupuesto de nueve mil millones de bolívares. Pero el mismo gobierno nos advierte que no nos llamemos a engaño: el 40 por ciento del presupuesto de educación va para las universidades, en las que como se sabe no entra ni un 4 por ciento del sector popular.

Y si los servicios son el opio de nuestra democracia, si es a través de ellos como participa nuestro pueblo de los beneficios de nuestro Estado ya que se le niega la participación en su gestión ¿qué pasará si ya el presupuesto no da para servicios y para inversiones y las inversiones no se van a parar? Si la legitimidad del Estado se basa frente al pueblo sólo en los servicios ¿qué ocurrirá ahora que se deterioran? Tal vez sea esa la razón por la que el partido progresista que es AD entró en contradicción con un gobierno empeñado en inversiones que reducen a su mínima expresión el contenido social del gobierno. AD siempre fue instrumento del Estado para el control y la manipulación de las masas. Pero ese era uno de los componentes que podía ejercitarse tanto cuanto se ejercitara el otro. Pero al quedar reducido cada vez más el contenido social se tiene que echar mano del sectarismo.

EL EJERCICIO DEMOCRATICO SE DETERIORA

Porque de lo que no cabe duda es del progresivo debilitamiento del ejercicio democrático en nuestro país. Los signos son elocuentes: Ante todo la eliminación práctica del derecho de huelga. Sólo una huelga entre los conflictos laborales significativos de los últimos años fue declarada legal: la de los cauchos UniRoyal; como sabemos, posteriormente fue ilegalizada. Y, como se acaba tristemente de confirmar en el caso de la bananera, el Estado burgués manda contra los obreros a los militares. Este sería otro signo inquietante del debilitamiento de nuestra democracia: cada día se fortalece la jurisdicción militar, y silenciosa pero tajantemente se pone en práctica la ley de Seguridad Nacional. El parlamento es la otra víctima de nuestro Estado autoritario. Lo reconocen hasta los personeros más cualificados de los partidos del status: el parlamento venezolano se está convirtiendo en un costosísimo club de la intrascendencia. Para poner el caso más conocido: El V Plan de la Nación fue aprobado ejecutivamente en el Consejo de ministros. Entonces ¿para qué sirve el parlamento? Discursos, bostezos, ausencias y contundentes denuncias seguidas de carpetazos vergonzosos. ¿Y qué muestra más elocuente del deterioro de nuestra democracia que la increíble vaciedad de nuestras campañas electorales en las que los candidatos son vendidos como vulgares jabones por los publicistas? Imágenes en vez de dar la cara y slogans a falta de ideas, así llegan al poder los personajes más influyentes de nuestra vida política.

ENTRE LA INTEGRACION Y EL APOCALIPSIS

¿Y los partidos de izquierda? En conjunto dan la impresión de conformarse con la cuota de poder que el sistema concede a la izquierda. Se dividen entre interminables polémicas, pero cada vez resulta más patente que las sutiles elucubraciones teóricas son más bien justificaciones ideológicas para encubrir la lucha de los líderes por copar la representatividad social y las limitadas prebendas. En gran parte la izquierda venezolana es una izquierda del status, es la izquierda establecida. Desde las posiciones sociales alcanzadas se cumple con emitir comunicados y dar declaraciones, indignarse patrióticamente y protestar enérgicamente. ¿Pero dónde está la labor sistemática de ayudar al pueblo a organizarse? Es verdad que podemos alegrarnos de algunos triunfos significativos en industrias básicas. Pero ¿el resto? Y lo que es peor, las victorias alcanzadas en colegios profesionales o federaciones estudiantiles ¿han cambiado en algo la práctica social burocratizada y meramente reivindicativa de esos organismos? ¿La dirección socialista ha puesto a esos organismos al servicio del pueblo? Salvo excepciones, tendríamos que responder que no.

Es bien sabido que en las pasadas elecciones el voto socialista se distribuyó parejo entre zonas residenciales y zonas populares. Es bien sabido que hoy declararse socialista a nivel obrero o de pequeños empleados es cerrarse muchas puertas y complicarse terriblemente la vida, es incluso exponerse a ser agredido por la policía. Y es bien sabido que hoy en círculos profesionales y de la juventud estudiosa declararse socialista no asusta a nadie, es casi más bien signo de inteligencia refinada y de distinción. ¿No significa todo esto la constitu-

ción de un socialismo establecido que para nada cuestiona un status económico ni propone ninguna práctica social? ¿No significa que los partidos socialistas venezolanos no se proponen seriamente cambiar las relaciones de poder en nuestra sociedad? ¿No sería esta la razón principal por la que los partidos socialistas no tienen hoy arraigo popular en nuestro país?

No es arriesgado afirmar que en las zonas marginales sólo trabajan grupos a la izquierda de los partidos. Sin duda grupos poco ilustrados, con errores serios de planteamiento, grupos exasperados, voluntaristas, foquistas, divisionistas. Tampoco han sabido dialogar con el pueblo. Pero el que sería aunque equivocadamente quieran disputarle el poder al status debe valorarse muy positivamente. La falta real de alternativa que presentan los partidos burgueses de izquierda explicaría el mordiente que mantienen estos grupos en los sectores populares y su capacidad de resurgir una y otra vez a pesar de la represión, la infiltración y los errores de planteamiento y conducción.

LA PREGUNTA POR LA ORGANIZACION POPULAR

Naturalmente que no abogamos por una izquierda tópicamente proletarizante que no se compadece con la realidad del país. Simplemente nos preguntamos si nuestros partidos de izquierda aceptan la brecha contante y sonante que en nuestro país significa la carrera universitaria, esa brecha que corta toda posibilidad de democracia popular. Y apuntamos la hipótesis de que una parte de nuestros profesionales simpatizan con el socialismo desde este presupuesto.

Entre la traición, la integración y el apocalipsis ¿hay espacio para la organización popular, para la expresión clasista articulada y para el compromiso orgánico con el pueblo?

Desde estas páginas nos hemos referido repetidamente a la necesidad de emprender una larga marcha. Pero en nuestra situación nacional tenemos que preguntarnos: ¿En qué sentido podemos hablar de larga marcha para que no sea mero encubrimiento del acomodo, de la renuncia a la lucha, a la organización del pueblo, a la disputa por el control de las masas y al poder?

Y en el seno del cristianismo habría que repetir lo mismo al referirnos a las comunidades de base: ¿en qué condiciones se constituyen en grupos autónomos de creación de vida social, de resistencia y de expresión popular y cuándo se reducen a idealismo pequeño burgués?

No propugnamos ningún izquierdismo infantil. Repetidas veces hemos estimulado los esfuerzos del socialismo venezolano para abandonar dogmas y sectarismos y dedicarse al estudio serio de nuestras formaciones sociales y a una praxis política adecuada a nuestra realidad. No se trata de regresar a un socialismo de ghetto, bocón y minusválido. Grupos sociales insertos en nuestra historia viva pierden desde luego los perfiles netos y serán acusados de ambigüedad. Pero es saludable la voz de alerta, la pregunta crucial ¿hay en nuestro país una pretensión real de poder socialista? Y en concreto ¿no hay un acomodo a esta democracia burguesa expresada en el voto y los servicios? ¿También nosotros aceptamos la desarticulación del pueblo?

